



## DEBERES PARA CON LA FAMILIA

### LOS HERMANOS

Es imposible que pueda amar á nadie quien no ama á sus hermanos, que son hijos de nuestros padres, y, por consiguiente, nuestra propia sangre. Los padres y los hermanos forman la familia íntima. Nacemos bajo un mismo techo; nos alimenta la misma mano: juntos disfrutamos de las caricias paternas; juntos sobrellevamos los trabajos de la vida, y enteramente iguales somos en el corazón del padre y de la madre.

Nada hay en el mundo más repugnante que, no digamos el odio, porque éste es incomprensible, en fuerza de ser execrable, sino la indiferencia y la falta de cariño entre los hermanos, que además deben ser nuestros primeros y mayores amigos. Entre ellos jamás

debe existir rivalidad: debemos, por el contrario, regocijarnos si vemos que son atendidos; si su mérito es superior al nuestro. Es tan fuerte el lazo fraternal, que sólo le supera el lazo paterno.

La religion, que nos manda amar á todos los hombres, consagra este amor, dándoles el nombre de hermanos, porque todos lo somos en Dios, nuestro padre comun. El Padre Santo llama hermanos á los obispos, estos á su clero, el clero á los fieles, y áun á los que no lo son: todo en testimonio de caridad, que es el amor. En nuestra España, no obstante su decadencia moral, aún se conserva la piadosa costumbre de llamar hermanos á los pobres que nos piden por amor de Dios: áun rehusándoles la limosna, llevan al ménos

el consuelo de que se les dé tan cariñoso nombre.

Los hermanos mayores tienen la obligación de atender y cuidar de los menores, dándoles ejemplos de mansedumbre, de obediencia, de caridad, de aplicación y de todas las virtudes morales y sociales, ayudando al padre y á la madre en la santa tarea de la educación de los pequeños, asistencia en sus enfermedades, y demas deberes domésticos. Estos deberes son de todo punto indeclinables en la familia que tiene la desgracia de perder uno de sus jefes ó los dos. Entónces el hermano, ó hermana, mayor hace las veces de padre ó madre, y si desempeña tan sagradas funciones con el amoroso celo que debe, obtiene por recompensa el aplauso de las gentes, una dulce y perenne satisfacción interior, y, lo que es más importante, las bendiciones de Dios.

Largos ejemplos de estos cuidados y de estas abnegaciones pueden presentarse á la vista de los interesantes seres para quienes estas páginas se escriben. En buenos libros los verán, que aquí sólo consejos descarnados pueden darse, segun el pensamiento que ha presidido á la creación de este modesto libro.

Los hermanos varones, á cambio de ciertos privilegios inherentes á su sexo, están obligados á considerar á sus hermanitas, á respetarlas y á ceder siempre en las pequeñas reyertas de familia, que deben evitarse siempre, porque es preciso no olvidar que el bien más precioso es la paz del hogar. Es noble y digno que la fuerza se someta á la debilidad, y que se considere á quien

más tarde, siendo Dios servido, ha de tener el augusto carácter de madre.

Acontece con frecuencia que entre los individuos de una misma familia, entre los hermanos, la fortuna es varia. Miéntras que unos se encuentran en situación desahogada y á veces brillante, otros se ven en la pobreza y en la desgracia, ya por una conducta desordenada ó imprevisora, ya porque no á todos es dado alcanzar buena suerte, ya, en fin, porque ésta se perdió inevitablemente por azares de la vida. En ningun caso los hermanos felices deben abandonar á sus hermanos desgraciados, ni juzgarlos con una severidad que se aviene mal con los estrechos vínculos que los ligan. La cordura y la buena intención dictarán los medios de hacer el bien sin humillar al que lo recibe, y al mismo tiempo, sin que el fruto de una buena conducta y de una vida ordenada vaya á dar pábulo á los vicios ó á la holganza. La verdadera piedad es muy ingeniosa y halla el medio de hacer el bien sin que se torne en mal.

Quedad, niños queridos, bajo la impresión de estas breves máximas. El divino Jesus, en la noche feliz de la mística Cena, dijo á sus discípulos estas palabras de ardiente caridad, en forma de precepto: *Un nuevo mandamiento os doy; que os ameís los unos á los otros como yo os he amado.* Es decir: sois mis hijos, os he amado como ama un buen padre: sois hermanos, amaos como tales; como un padre ama á sus hijos. Tal es el dulce mandamiento del buen Jesus. Dichosos vosotros, niños míos, si lo observais fielmente.

M. CABALLERO DE RODAS.

(De un libro inédito de educación.)



## RETRATOS INFANTILES

## X

## LA REBELDE MARIQUITA

¡A fe que es buena pieza la tal Mariquita!... A mí me gustan mucho las niñas; pero os confieso, queridos lectores, que si tuviera una niña como la dichosa Mariquita, viviria desconsolado, porque es claro que, siendo hija mia, habria de quererla mucho, y por consiguiente me preocuparia y apenaria en gran manera el porvenir de niña semejante, dadas las condiciones de carácter que tiene la pícara Mariquita, á quien hoy me propongo sacar aquí á la vergüenza con la bonísima intencion de que se corrija ella misma, y sirva de ejemplo á otras que puede haber á ella parecidas.

Mariquita es una niña intolerante, intransigente, rebelde á toda autoridad é irascible sobre toda ponderacion. Ya veis, amables lectores, si será simpática la niña. Los padres la sufren, porque ya habreis advertido que es grande el sufrimiento de todos los padres, porque naturalmente la quieren sobre todas las cosas de este mundo, aunque tantas amarguras les proporciona. ¡Sublime abnegacion la de los padres!... ¡Ay de los malos hijos que desconocen los sacrificios de sus padres, y pagan este infinito amor de que son objeto con la más negra y páfida ingratitud!

Pero voy á dejar á la madre de Mariquita hacer el retrato de su hija.

—Amigo mio, me dijo dias pasados, esta niña amarga todos los momentos de mi vida con ese carácter díscolo, y que me empieza á parecer incorregible. Es una gran pena la que me causa

verla á la más nimia cosa, por el más leve motivo, llorar desesperada, arrancarse los cabellos, tirarse por el suelo, encolerizarse, en fin, de un modo que ya me espanta, y me hace temer por ella.

Otras niñas tienen sus caprichos, sus extravagancias, sus impertinencias pasajeras; pero esta hija mia siempre está irritada, siempre halla en todo pretexto para esos raptos de cólera y desesperacion tan impropios en su tierna edad. Si una criada le hace un cariño; si el perro la festeja saltando y ladrando, manifestándole así su afecto; si se quema al tomar una cucharada de sopa; si se la despierta; si se la quiere tomar la leccion; por todo, en fin, á cada momento, se irrita, se golpea, llora y alborota.

Vienen visitas á casa, y temo que me pregunten por ella y se empeñen en verla, porque la niña no quiere ver á nadie, y la llamo, no viene, y me obliga á ir á buscarla, y viene con rostro airado, de mala gana, y hace comprender así á todos su odioso carácter.

Antes iba al colegio; pero todos los dias venia rabiosa contra sus compañeras, de quienes, en verdad, no tenia motivo alguno de queja; ellas sí, porque Mariquita las maltrataba, no las toleraba la más ligera broma, y daba á la maestra más que hacer ella sola que todas las demas juntas. Un dia la encerró la digna profesora, con el consentimiento mio, en el cuarto oscuro, y Mariquita salió del encierro desgre-



LA REBELDE MARIQUITA

ñada, con el traje roto, con la cara arañada, en el más deplorable estado; por lo cual tuve que sacarla del colegio, donde no tenía ni una amiga, y todas las niñas huían de ella como se huye de quien tiene un carácter tan rebelde é intratable.

Esta niña no es sensible al cariño; mis caricias las recibe hasta con enojo; nunca se acerca á dar un beso á su padre; mira con la mayor indiferencia á los pajarillos; maltrata al perro, que tanto la quiere, y nunca se la ve darle ni una miga de pan; es descuidada en el aseo de su persona; le mortifica vestirse con algun esmero... Crea V. que paso muchas noches en vela pensando en esta hija mia, discurriendo de qué medios me valdré para modificar, reformar y corregir su carácter.

—Y al juego, ¿tiene aficion? pregunté á la afligida madre?

—No, señor; no quiere jugar con otras niñas, y los juguetes que se le compran los destroza muy pronto.

—Pues, á mi juicio, señora, es preciso que en la educacion de esa niña rebelde se empleen medios enérgicos, que V. no puede emplear, porque la natural bondad de V. y su amor de madre se lo impiden. Esta indulgencia y este cariño son causa acaso de que ya no se haya modificado ese carácter. A niñas de esas condiciones, es preciso, por su bien, separarlas completamente del seno de la familia, y llevarlas léjos, á una casa de educacion donde se las trate severamente, donde vean caracteres más firmes y más enérgicos que el suyo; donde no puedan contar con la impunidad para sus faltas, áun las más leves. Considere V. qué terribles proporciones puede tomar con el tiempo el

carácter, que V. llama odioso acertadamente, de esa niña; precisamente es el suyo el más impropio de su sexo; el principal encanto de la mujer consiste en la dulzura, la amabilidad, la modestia, la compasion para todos los infortunios, el sentimiento de la caridad, la resignacion, la humildad, la abnegacion. No se conciben otros sentimientos en la que está destinada á ser esposa; es decir, á hacer la felicidad de un hombre honrado, á ser la alegría y el bien del hogar, el consuelo de los padres ancianos, la administradora de la hacienda, y sobre todo la madre de tiernos hijos.

— Es verdad, dijo la pobre madre casi llorando.

Nuestra conversacion ha tenido muy buen resultado, no porque la niña se haya corregido, sino porque sus padres han tomado las disposiciones necesarias para que se corrija, y al efecto, dentro de breves dias la llevarán á cierto convento, léjos de Madrid, donde excelentes religiosas se encargarán de educarla como conviene, y con todo el saludable rigor que necesita; y mucho me equivoco si á la vuelta de un par de años no abomina Mariquita la soberbia y la ira; feísimos vicios que, como todos, hay que cortarlos en su origen, para que no dañen en lo futuro á los que demuestran estar dominados por ellos.

Mariquita ha recibido la noticia con indignacion, y dice que no quiere ir al convento; pero sus padres se encargarán de demostrarle que eso de *no quiero* no se puede decir en el mundo, y que la autoridad paterna no puede consentir de ninguna manera la rebeldía de niñas díscolas como ella.

C. FRONTAURA.

## LA LLUVIA

Quisiera en verdad, lectores muy queridos, poder invitaros hoy á un paseo campestre, como he hecho en los dos articulitos en que os he explicado las nubes y el crepúsculo.

No es posible hoy salir al campo: está lloviendo.

Comprendeis, como yo, la imposibilidad del paseo, y oís el susurro del agua que cae sobre los tejados de vuestras casas.

¿No es verdad?

Seguramente; y pues la ocasion es propicia, justo será aprovecharla para explicaros la lluvia. Venid conmigo: vosotros y yo, en amistosa compañía, vamos á estudiar ese fenómeno, tan frecuente en el invierno.

¡Cuántas veces habreis contemplado la caida de las gotas de agua! ¡Cuántas veces la monotonía del espectáculo habrá sido suficiente, en vuestros tiernos años, á entreteneros, cuando en brazos de vuestras nodrizas mirábais tras los cristales caer la lluvia!

Y hoy, cuando vuestra inteligencia ha tomado mayor vuelo, cuando la razon y conocimiento de las cosas deseais poseer, hoy, sin duda alguna, ardiente anhelo sentís por conocer el por qué de la lluvia.

Voy á explicároslo, si me es posible en mi pobre suficiencia.

Os hablé de las nubes hace muy poco, y entónces vísteis lo que son: no tengo, pues, para qué repetir lo que ya os dije.

Cuando el vapor que forma las nubes se condensa por el frio que reina en

altas regiones de la atmósfera, se convierte en agua, como resultado de esa misma condensacion.

Entónces, esa agua, reducida á pequeñas gotas, no puede permanecer tan elevada, y cae sobre la tierra, por la fuerza de atraccion dirigida. Esas gotitas, más ó ménos numerosas, forman la lluvia, que viene á fecundar á la tierra, haciendo fructíferos los trabajos del labrador.

Si la fuerza de la atraccion no existiera, la lluvia podia dirigirse en alguna otra direccion; pero con ella tiene necesariamente que caer sobre la tierra.

Y, vosotros lo habeis visto, sucede á veces que las gotitas, que líneas de puntos parecen formar, hacen á estas ligeramente inclinadas; inclinacion uniforme que es producida por el viento.

Si cuando llueva observais esto, notareis que es verdad lo que os digo, con sólo mirar uno de esos aparatos que se llaman veletas.

La lluvia es triste, y sin embargo, ella ocasiona la belleza de los campos.

¿No lo creéis?

Pues es así; y tanto, que allí donde no existe vegetacion es porque nunca llueve.

¡No llover nunca!

Cosa extraña será esta para vosotros, que sólo de nombre conoceréis el desierto de Sahara, que nunca probablemente habeis estado en Egipto; y sin embargo, es cierto, aunque á vosotros, que estais habituados á ver llover con frecuencia, cueste trabajo comprenderla.

No todos los países son, niños amados, como el que vosotros y yo habitamos; no en todos existen las estaciones como aquí; no en todos hay un invierno frío y lluvioso después de un verano ardiente y de un otoño templado.

La lluvia, que en España parece quedar para el invierno, cae en otra zona distinta de la nuestra en la estación lluviosa, pasada la cual termina, para venir una continua sequía.

Conoceis la lluvia, que más de una vez habrá alterado vuestros propósitos, cuando un viaje, un paseo campesino haya sido aplazado por la caída del agua de las nubes.

Y entonces la desesperación habrá acudido á vosotros, sin pensar que la lluvia que podía inutilizar vuestros propósitos, iba á ser causa de mil recreaciones que después podíais obtener.

¡Mil recreaciones!

Sí, queridos niños, porque los campos cubiertos de verdura, las plantas de mil flores adornadas, los árboles cargados de frutas sabrosísimas, no existirían si las lluvias del invierno no trajesen para vosotros, con las rosas de la primavera, con las mieses del verano, con los frutos del otoño, la riqueza, el bienestar, la alegría, en fin, de que disfrutais.

¿Comprendéis ahora, niños amados, por qué debéis bendecir la lluvia cuando cae sobre nuestros campos?

Sí será, porque otra cosa no es posible suponer.

La lluvia que impide vuestros paseos, os da después bienes sin cuento; ¿por qué no amarla, si ella os paga con creces las molestias causadas?

Bendigamos la lluvia, que fertiliza la tierra; admiremos en ella esa armonía universal que existe por do

quiera que dirijamos nuestros ojos.

Continuemos el estudio de la lluvia.

No siempre, queridos niños, es blanca, ó incolora, si quereis, el agua que cae de las nubes: no hace mucho, el 10 de Marzo de 1869, tuvo lugar en Nápoles una lluvia rojiza. ¡Qué miedo os causaría ver un fenómeno semejante!

Y sin embargo, es muy sencilla la explicación del misterio.

El viento, llevando en suspensión las arenas del Sahara, ocasiona el hecho que parece, sin duda, bastante singular.

Os he explicado ya la causa de la lluvia, y creo justo terminar con este asunto. Aunque el agua no ha cesado de caer por completo, un rayo de sol me indica que puedo salir á descubierto sin peligro de mojarme mucho.

¿Quereis acompañarme?

Después de la lluvia siempre parece hermosa la vista del cielo.

Salgamos, pues tal vez las gotas de agua que aún caen puedan ocasionar un arco iris.

Miremos á la atmósfera: ¿no veis?

Sí; allí aparece un precioso arco de bellos colores.

—Queremos saber, me decís, la causa de ese hermoso espectáculo.

—Yo os la contaré, queridos niños, si quereis prestarme atención.

Para ello bueno es salir completamente al descubierto, donde podamos admirar libremente el hermoso cuadro que presenta la naturaleza.

Salimos, y debo empezar.

Pero como la explicación haría tal vez muy largo este artículo, vosotros tendreis suficiente paciencia para esperar á obtenerla en el siguiente.

En él os describiré el arco iris.

E. THULLIER.

## PARA ALCANZAR LA GLORIA

(CONSEJOS)

Conserva, tierno niño,  
En tu infantil memoria,  
Que en la virtud tan sólo  
Está el supremo bien.  
Y así alzarás tu alma  
Al reino de la gloria,  
Y pisarás los cármenes  
De aquel perdido Eden.

En la veloz carrera  
De la azarosa vida,  
Conmoverán tu espíritu  
Los goces del amor.  
Pero el placer mundano  
Es ilusión mentida,  
Y no hay amor tan puro  
Como el amor á Dios.

Si él te ha infundido un alma  
Que es su divina esencia,  
El mal que de Dios digas  
Será tu propio mal.  
Ensalza el atributo  
De su alta Providencia,  
Y no jures en vano  
Su nombre celestial.

Él hizo de los Orbes  
Las zonas contrapuestas,  
Y obró con su martirio  
La humana redencion:  
Por eso te prescribe  
Santificar las fiestas  
Con himnos de alabanza  
La santa religion.

Por darte la ventura  
Tu cariñoso padre  
Solicito se afana,  
Trabaja sin cesar.  
Desvelos y caricias  
Te da tu dulce madre:  
Por eso, niño, debes  
Á padre y madre honrar.

Un don es la existencia,  
Que la bondad bendita  
Del Sér Omnipotente  
Al hombre concedió.  
Por eso al monstruo fiero  
Que la existencia quita,  
Le lanzará al abismo  
La cólera de Dios.

No busques del deleite  
Los goces seductores,  
Que su mortal ponzoña  
Mancillará tu sér;  
Del alma y de la vida  
Puñales matadores,  
Dan siglos de pesares,  
Instantes de placer.

El que con mano aleve  
Ó con acento falso,  
El bien ajeno roba  
Sin ley y sin razon,  
Del hombre la justicia  
Le subirá al cadalso;  
Le arrojará al profundo  
De Dios la indignacion.

Quien por lograr su intento  
Á la mentira invoca,  
Manchando la pureza  
Del alma virginal,  
Olor de podredumbre  
Exhala de su boca,  
Como agua corrompida  
De impuro cenagal.

Tranquilidad del alma  
Y del honor trofeo  
Es el divino lazo  
Del hombre y la mujer.  
Quien deshacerle osare  
Por obra ó por deseo,  
Los lazos de la gloria  
Verá tambien romper.

No tenga en tu alma asilo  
La sórdida avaricia;  
Los bienes de la tierra  
Son humo, y volarán.  
Para el que abrió las puertas  
Del alma á la codicia  
Las puertas de los cielos  
Cerradas estarán.

Conserva, tierno niño,  
En tu infantil memoria  
La voz con que Dios guia  
Tu alegre juventud;  
Que no hay otro sendero  
Para alcanzar la gloria,  
Que aborrecer al vicio  
Y amar á la virtud.

FRANCISCO LUIS DE RETES.



## JOSEF VENDIDO POR SUS HERMANOS

¡Oh pérfida envidia! Tú eres la funesta pasión que, cerrando los ojos de los infelices á quienes dominas, no les dejas ver las virtudes de su prójimo; tú la que, envenenando su corazón, les inspiras la tristeza del bien ajeno, de que eres melancólica fuente; tú la que, despertando secretos propósitos de

venganza, pones en el camino del justo la piedra donde quieres que tropiece para que se despeñe en el abismo del infortunio.

Si esto no lo dijeran las repetidas lecciones que nos da el mundo, claramente nos lo enseñaría aquel triste pasaje de la historia del inocente Josef,

en que sentimiento tan infame le hizo para sus propios hermanos objeto de casi invencible aversion.

Josef era justo. Todavía en la dorada edad de la adolescencia, pues sólo contaba diez y seis años, apacentaba con sus hermanos, los hijos de Bala y de Zelpha, los ganados de su padre Jacob, morador del país de Chanaan. Amado de él entrañablemente por ser el primer hijo de su esposa Raquel, y por haber sido engendrado en la vejez, odiábanle en secreto sus hermanos, que nunca podían hablarle sin despecho y amargura.

Aconteció tras esto, que habiéndoles revelado dos sueños que había tenido, presagios de su propia grandeza, dió sin querer poderoso incentivo á sus envidias, hasta el punto de que aquellos ingratos le juraron venganza en su corazón.

Habíales dicho una vez: «Parecíame que estábamos atando gavillas en el campo; y como que mi gavilla se alzaba y se mantenía derecha, mientras las vuestras, puestas alrededor, la adoraban inclinándose.»

A lo cual respondieron encolerizados sus hermanos: «Pues qué, ¿has de ser tú nuestro rey? ¿Hemos de estar nosotros sujetos á tu dominio?»

Y en otra ocasión así les había hablado: «He visto entre sueños como que el Sol y la Luna y once estrellas me adoraban.» Con cuyo motivo, á la vez que su padre le reprendió, fué aún más envidiado de sus hermanos, que entreveían apesadumbrados el significado futuro de aquellos misteriosos sueños.

Por fin llegó la infausta hora en que había de estallar la furia de tan ruin sentimiento.

Era un hermoso día, bañado por el

sol espléndido que alegraba la tierra. El anciano padre mandó á Josef á visitar los ganados que apacentaban sus hermanos en la llanura de Sichem; y partiendo al punto desde el valle de Hebron, hallóles al fin de su jornada en Dothain, que pertenecía á dicho territorio.

Al verle sus hermanos venir de lejos, decíanse unos á otros, con intento de matarle: «Aquí llega el soñador.»

Y refiriéndose á uno de los varios pozos que había en el campo para abreviar los ganados, pero que estaba seco á la sazón, añadían: «Ea, pues, matémosle, y echémosle en una cisterna vieja; diremos que una bestia feroz le devoró, y entónces se verá qué le aprovechan sus sueños.»

Pero Ruben, de sentimientos ménos crueles, que quería librarle de ellos y restituirle á su padre, así les decía esforzándose: «No le quiteis la vida, ni derrameis su sangre, sino echadle en aquella cisterna que está en el desierto, y no mancheis vuestras manos.

Hiciéronlo así en cuanto llegó Josef, despues de haberle desnudado de su túnica talar de varios colores. Y se sentaron á comer.

Vieron á poco venir de Galaad una caravana de Ismaelitas, con sus camellos cargados de aromas, bálsamo y mirra destilada, que iba con dirección á Egipto; y entónces Judá dijo á sus hermanos: «¿Qué ganaremos con quitarle la vida y ocultar su muerte? Mejor es venderle y no manchar nuestras manos; porque al fin hermano nuestro es y de nuestra misma carne.»

A cuyas razones asintieron los demás; y mientras pasaban unos negociantes Madianitas, sacáronle de la cisterna y le vendieron á aquellos Ismae-

litas, que venian en compañía de los otros, por veinte siclos de plata, equivalentes hoy á unos ciento cincuenta y siete reales de vellon; y lo condujeron á Egipto.

Entre tanto Ruben, que ignoraba esto, volvió á la cisterna; y no hallando á Josef, rasgó sus vestiduras en señal de dolor, y acudió luego á sus hermanos, diciéndoles: «Josef no parece: ¿á dónde iré yo ahora?»

Pero los demas tomaron la túnica del inocente muchacho, y tiñéndola en la sangre de un animal que habian matado, la enviaron á su padre con tales razones: «Esta túnica hemos encontrado; mira si es ó no la túnica de tu hijo.»

¡Infeliz Jacob! Al punto la reconoció, y creyendo que una bestia feroz habia devorado á su hijo muy amado, rasgó tambien sus vestidos, cubrióse de un áspero cilicio, y se entregó por largo tiempo á la amargura inmensa de su dolor. Juntáronse todos los demas hijos para consolarle, pero él, en vez de admitir lenitivo alguno á su pena, solamente decia, perseverando en el llanto: «Descenderé deshecho en lágrimas á encontrar á mi hijo en el sepulcro.»

Dos sensaciones bien opuestas debe producir la lectura de este breve episodio de la vida de Josef, para todo aquel que quiera meditar humildemente las enseñanzas de que por todas partes están llenos los libros sagrados.

La primera es de tristeza y desconsuelo, al ver hasta qué punto de crueldad puede llegar el corazon humano cuando emponzoñado por la envidia

aborrece las dichas ajenas y sofoca los más nobles y legítimos instintos de la sangre.

La segunda es, por el contrario, de consuelo y esperanza, al observar cómo ya en aquellos remotos siglos era el inocente Josef una de las más hermosas figuras que anunciaban al Mesías. En efecto, sin entrar en los demas pasajes de la vida de aquél, ya la de éste se hallaba simbolizada en parte por lo que se acaba de leer. Oigamos en comprobacion lo que dice á este propósito un ilustre autor de nuestros dias: «Josef es el hijo amado de su padre, y Nuestro Señor es el Hijo amado de Dios su Padre.—Josef está vestido de una túnica de diferentes colores, tiene sueños que presagian su futura grandeza, y por esto es el blanco de los celos de sus hermanos: Nuestro Señor está adornado de toda clase de virtudes, anuncia á los judíos, sus hermanos, su grandeza futura; y por esto es objeto de odio, de celos y de persecucion.—Josef es enviado á sus hermanos, y Nuestro Señor á los hombres sus hermanos.—Josef, al llegar cerca de sus hermanos, es maltratado, resuelven darle la muerte, y le venden á mercaderes extranjeros: Nuestro Señor, al llegar en medio de los judíos sus hermanos, es maltratado, Judas le vende, y los judíos le entregan á los romanos.»

Ahora bien; decidme los que acabais de recordar este triste episodio de la Historia Sagrada: ¿podreis en adelante no detestar la envidia? ¿No veis ya en la figura de Josef un anuncio de las misericordias de Dios?

ANTONIO ARNAO.



## LOS MÚSICOS DE BREMEN

Un campesino tenía un asno viejo, que le había servido siempre á las mil maravillas; pero cuyos fuerzas se iban debilitando de una manera que podía reputársele como inútil para todo trabajo que mereciese llevar el nombre de tal.

Cansado el campesino de un animal que de día en día se iba convirtiendo tan sólo en un estorbo de mal género, pensó en utilizar al ménos la piel; pero el asno, que se apercibió de que corría mal viento, se escapó á todo correr por el camino de Bremen, repitiéndose con fatuidad:

—Allí al ménos podré llegar á ser músico de la ciudad.

Largo tiempo hacia que caminaba solo, cuando se encontró con un perro de caza, que ladraba, y se sofocaba como el que llega fatigado de una larga carrera.

—¿Qué es lo que te obliga á ladrar de ese modo, camarada? le preguntó el asno con una petulancia que pudiéramos llamar muy bien grotesca.

—¡Ah! exclamó el perro con el acento de la más profunda tristeza: como voy siendo viejo, como no puedo ya ir á caza ni hacer habilidades que le diviertan, mi amo ha querido matarme á palos, y yo me eché desde luego á correr por los campos, sin rumbo ni destino... Pero, dime, camarada: ¿qué haré de hoy más para procurarme el pan de cada día?

—¡Eh! no te aflijas por eso; amigo mio, yo voy á Bremen para hacerme músico de la ciudad; vente conmigo,

y haremos que te se reciba músico de la ciudad; yo tocaré el laud, y tú redoblarás los timbales.

Nada hay más atrevido que la ignorancia; y el perro, que encontró muy razonable aquella proposición, la aceptó desde luego, prosiguiendo entrambos el camino de Bremen como dos antiguos y leales amigos.

A muy corta distancia encontraron un gato tendido en tierra, casi exánime, y con un aspecto tan triste como el tercer día de lluvia.

—¿Qué te sucede, pelo gris? le preguntó gravemente el asno.

—Amigo mio, mal puede uno estar contento cuando se teme por la vida; como los años van gastando mis dientes y apagando mis bríos, y que en el día quiero mejor estarme acostado entre la ceniza al amor de la lumbre, que correr tras de los ratones, mi ama creyó muy acertado echarme al río con una piedra al cuello. Previsor como nunca, logré salvarme á tiempo de la catástrofe; pero, y ahora, ¿dónde iré? ¿Qué será de mí?

—Vente con nosotros á Bremen; conoces perfectamente el género de las serenatas nocturnas, y te harán como á nosotros músico de la ciudad.

El gato, inútil para todo, encontró oportuno el consejo, y reuniéndose á sus dos compañeros, tomó alegremente el camino de Bremen.

Poco después pasaron nuestros tres vagabundos por delante de una cuadra, sobre cuya puerta cantaba desesperadamente un arrogante gallo.

—¿Qué diablos te sucede que así nos rompes la cabeza con tus agudos gritos? le preguntó el asno, parándose algunos momentos delante de la puerta.

—Soy el cantor del buen tiempo, respondió el gallo levantando la cabeza con orgullo, y anuncio á los mortales cuándo viene el día; pero como mañana es domingo, y se esperan huéspedes, la señora de la casa, que tiene el corazón de bronce, ha mandado á la cocinera ponerme en pepitoria, para lo que será necesario que me deje cortar la cabeza esta misma noche.

Por eso el breve tiempo que me resta de vida, quiero cantar alegremente al hermoso sol que ilumina mi postrimera aurora.

—¡Ea, cresta roja! déjate por ahora de pensar en morir y vente con nosotros á Bremen, le dijo el asno, vendiéndole pomposamente protección; cualquier cosa que nos suceda será siempre mejor que la muerte. Tu voz es clara, hermosa, penetrante, y cuando los cuatro nos reunamos para formar un concierto, creo que lograremos reunir una música deliciosa.

El gallo se convino desde luego, y los cuatro músicos en ciernes emprendieron alegremente su marcha.

Érales imposible llegar á Bremen en el mismo día, y habiendo encontrado como á la mitad del camino un espeso bosque, que les ofrecía cómodo asilo para pasar la noche, se decidieron á permanecer en él hasta que la nueva aurora les permitiese continuar su peregrinación.

El asno y el perro se colocaron al abrigo de un árbol de los más frondosos; el gato se subió á las ramas, y el gallo, no creyéndose todavía seguro allí, voló hasta la cima, donde libre al

fin de todo terror, se preparó á dormir tranquilo hasta la media noche.

Antes de cerrar los ojos, dirigió el gallo una mirada previsora hácia los cuatro puntos cardinales, y con gran sorpresa suya divisó en lontananza el resplandor de una lucecita, cuyo destello se perdía por intervalos.

—Compañeros, exclamó al momento, esforzándose en levantar la voz; aquí cerca debe haber una casita, porque distingo claramente la luz.

—Sí, es cierto, respondió el asno sacudiendo las orejas; desalojemos al instante, y marchemos sin vacilar hácia ese lado, porque, á decir verdad, me hace muy poca gracia dormir al sereno.

Los demás compañeros se adhirieron desde luego á la nueva proposición, y la caravana se dirigió sin perder tiempo hácia el sitio donde partía la luz. Bien pronto la vieron crecer, desparramando en torno su rayo consolador, y se encontraron al fin al frente de una casa de ladrones perfectamente iluminada.

El asno, como más respetable, se acercó á la ventana para mejor distinguir lo que dentro había.

—¿Qué ves por allá, pelicano? preguntó entonces el gallo con impaciencia.

—¿Qué veo? Una gran mesa cargada de vasos y botellas, y grandes platos, rodeada de bandidos que los despachan á las mil maravillas.

—Veremos cómo se arregla el negocio, dijo entonces maliciosamente el gallo.

—¡Sí, sí! replicó *in continenti* el asno; ¡ah! ¡si estuviésemos ya dentro de la plaza!

Después de devanarse los sesos en

buscar el mejor medio de poner en fuga á los ladrones, se decidieron por presentarse, y lo llevaron á cabo sin perder momento.

El asno se enderezó, posando las manos sobre el antepecho de la ventana; el perro se subió sobre las espaldas del asno, el gato sobre el perro, y el gallo sobre el lomo del gato.

Concluida la ceremoniosa colocacion, los cuatro músicos comenzaron á un mismo tiempo su espantoso concierto. El asno rebuznaba, el perro ladraba, el gato mayaba, y el gallo cantaba con toda su fuerza, precipitándose todos cuatro á la vez por la anchurosa ventana, cuyos cristales volaron en pedazos por la campiña.

Espantados los ladrones por aquel inarmónico concierto, creyendo que los que acababan de precipitarse en la sala, no podian ser otra cosa que una legion de espíritus infernales, huyeron asustados hácia el bosque, donde se guarecieron por de pronto contra sus incomprensibles enemigos.

Entónces los músicos se sentaron gravemente á la mesa, arreglaron como les pareció todos los restos del festin, y comieron y bebieron como si tuviesen que ayunar á pan y agua en todo el mes siguiente.

Cuando los cuatro instrumentistas concluyeron su espléndido banquete, apagaron las luces, y buscaron un sitio adecuado á su naturaleza, donde pasar la noche; el asno se acostó sobre el estiércol, el perro detras de la puerta, el gato entre las cenizas calientes del hogar, y el gallo sobre el borde de un pesebre; y como estaban bastante fatigados de su larga jornada, á los pocos minutos todos se hallaban sumidos en el más profundo sueño.

Pasada ya la media noche, y no viendo los ladrones brillar la luz al traves de la ventana de la casa:

—Compañeros, dijo el capitán, cobardes hemos sido en verdad en huir vergonzosamente ante los enemigos, abandonando á su voracidad y venganza nuestro amado asilo.

Y ansioso de volver á recobrar lo perdido, comisionó á uno de sus valientes para que fuera á enterarse de lo que en la casa ocurría.

Todo yacia en el mayor silencio, y la oscuridad más completa reinaba en aquella mansion al parecer habitada.

Amaestrado por la costumbre, el ladrón entró hasta la cocina, y sacando una mecha, se dispuso á encenderla entre los casi extinguidos tizones del hogar.

Engañado por el reflejo de los inflamados ojos del gato, que tomó en su aceleramiento por dos ardientes ascuas, arrimó á ellos la mecha; pero el gato, que no entendía de bromas, le saltó á la cara, arañándole de lo lindo.

Presa del más horroroso miedo, aquel hombre, otras veces tan valiente, corrió hácia la puerta con intencion de huir; pero el perro, que estaba tranquilamente acostado detras de ella, se lanzó repentinamente sobre él, clavándole sus agudos dientes en las piernas.

Desesperado por aquella incesante persecucion, atravesó el patio en dos saltos á pesar de su herida, ansiando de todas veras su libertad; pero el asno le regaló al pasar un par de coces de buena ley, en tanto que el gallo, que se habia despertado con el ruido, gritaba desde el pesebre: ¡Kikiriki! ¡Kikiriki!

El ladrón llegó al sitio donde le

aguardaban sus compañeros, en un estado lamentable.

—¡Señor! dijo fuera de sí, dirigiéndose al capitán; hay en nuestra casa una hechicera horrible que me ha destrozado el rostro con sus afiladas uñas; detrás de la puerta un hombre que me ha herido en las piernas; en el patio un monstruo horrible que me ha descargado un golpe de maza; y allá arriba,

cerca del techo, agazapado como una comadreja, el juez, que gritaba con una voz terrible: «¡Traédmelo aquí! ¡Traédmelo aquí!»

Los ladrones, atemorizados, no volvieron á pensar en recobrar la casa, y los cuatro músicos en ciernes de la ciudad de Bremen se encontraron tan bien en su tranquila posesion, que se resolvieron á no abandonarla jamás.

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

## LA RECOMPENSA DEL TRABAJO (1)

Si es lícito á un niño tierno,  
Pobre y sin autoridad,  
Hablar despues de *la edad*,  
*Del saber y del gobierno*,

Dadle licencia, señores,  
Con indulgente cariño,  
Porque aquí ser pobre y niño  
Son los títulos mejores.

Soy alumno de esta Escuela,  
Que á todos hijos nos llama,  
Que nos instruye y nos ama,  
Y por todos se desvela;

Mas, para lograr el fruto  
De sus afanes prolijos,  
La Madre pide á los hijos  
De aplicacion el tributo.

Hoy esta Madre, señores,  
Aquí nos presenta unidos,  
A los pobres *protegidos*,  
Y á sus dignos *protectores*.

Nos va á dar el galardón  
De la virtud, que ennoblece,

De la ciencia, que enriquece  
Con la verdad, la razon.

Como el labrador ansioso,  
Que trabaja el año entero,  
Para coger placentero  
Fruto abundante y precioso;

Como el marino que alcanza,  
Tras los afanes del mar,  
Salvo y feliz arribar  
Al puerto de su esperanza;

Así el niño que consiga  
El premio de honor que anhela,  
Hoy bendecirá la Escuela,  
Y el trabajo y la fatiga.

La PATRIA y la RELIGION  
Darán á los laureados,  
Los tesoros más preciados,  
De su santa bendicion;

Y en ellos sus ojos fijos,  
Dirán con amante anhelo:  
*Estos serán mi consuelo,*  
*Pues son mis mejores hijos.*

(1) Creemos que nuestros lectores verán con gusto esta tierna composicion, leida por el niño Jesus Viagi, alumno de la escuela católica del barrio de Salamanca, en la apertura del curso de 1872 á 73, verificada en el pasado mes de Octubre. En

esa Escuela, gracias á la caridad de muchas personas distinguidas, se educan muchos niños pobres, La composicion que insertamos es, segun tenemos entendido, del Sr. Pareja de Alarcon.

## EL ESCAPARATE



¡Pobre muchacho!... Hambriento, sin abrigo, descalzo, vaga por esas calles sin saber adonde ir, pidiendo limosna, dispuesto á todo lo malo.

Miradle delante del escaparate de la pastelería, devorando con la vista los apetitosos manjares que allí están de manifiesto, y que aguzan más y más el hambre que siente el infeliz huérfano.

Cuando veais, niños míos, un espectáculo parecido al que os presento en esa lámina, no os riais del pobre chicuelo andrajoso que contempla con ansia el contenido del escaparate; socorredle, si podeis, bendicid á Dios que os ha dado tan distinta suerte, y sed compasivos é indulgentes siempre con el que no tiene instruccion ni medios de adquirirla, y padece hambre y frio, miéntas vosotros teneis recursos suficientes para satisfacer con holgura vuestras necesidades.